

MALACCAE IGNIS

José Cano



ESPACIO SACRISTÍA. IGLESIA DE SAN JUAN DE DIOS
7 - 23 MARZO 2025

MUSEO DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA
ABRIL - JUNIO 2025

José Cano.
Malaccae Ignis

Recuerdo y olvido. Historia y presente. Veneración e iconoclastia. Destrucción y regeneración. Dolor y esperanza. Oscuridad y luz. Cenizas y flores. Humo y fragancia. Llamas y árbol de la vida. Réquiem y bulerías. Crepitar y oración. Incomprensión y orgullo. Malaccae Ignis, la exposición que José Cano ha desarrollado para el prodigioso Espacio Sacristía de San Juan de Dios, que suma otra capa más de semántica y sentido a su trabajo, evidencia cómo el artista desarrolla una poética alimentada por un sentido paradójico, por la relación y retroalimentación de conceptos opuestos. Entre esas nociones, como las que encabezan este texto, nos hallamos nosotros, quienes nos acercamos a sus obras y basculamos de un extremo a otro, quienes participamos de una suerte de viaje en el que la memoria es una compañera inseparable. Malaccae Ignis es un proyecto sacro y conceptual; es una inmersión en el último siglo de historia de la ciudad de Málaga. O quizá más allá de un siglo, ya que, aunque mayo de 1931 emerge como detonante, como fecha en la que se produce la quema de conventos e iglesias que arrasaría con gran parte del patrimonio religioso de la ciudad, los iconos y simulacros que inspiran y cita José Cano nos remiten a la historia de la imaginería y de la ciudad desde prácticamente el siglo XVII. Una ciudad, como vemos por el material fotográfico que acompaña algunas de sus obras, olvidada, perdida, transformada, reducida a recuerdos cual escombros. Ciertamente, algunas de estas obras pueden considerarse alegorías de la ciudad. Es el caso de la que da nombre a esta exposición y de la que, en cierto modo, parte todo este proyecto. Pero el creador excede esa dimensión mensurable de un marco físico y sus vicisitudes históricas para, del mismo modo, alumbrar otras alegorías en torno a conceptos abstractos y puede que inefables, como el recuerdo y el olvido. Ahí se sitúan la Alegoría del recuerdo y la Alegoría del olvido, en las que respectivamente recupera la portentosa Virgen de Belén que Pedro de Mena tallara para la iglesia del Convento de Santo Domingo, y el carismático sayón Verruguita, obra de Gutiérrez de León, que acompañase al Señor de la Puente del Cedrón. Valgan éstas para ver ese juego de opuestos y paradojas que emplea José Cano. Recupera de la Virgen de Belén la “hermosura severa y tranquila”, así como la “calma majestuosa”, tal como escribiera en 1914 Ricardo de Orueta en el mítico La vida y la obra de Pedro Mena y Medrano. Sin embargo, el concurso de José Cano hace que ahora no atraiga “la atención la luz brillante de las carnes del Niño y de sus blancos pañales”. En su lugar reinan las cenizas. El artista recupera a modo de sinécdoque -el todo por la parte- el soberbio retablo en el que se inscribía esta maternal y dulce imagen. Así, la hojarasca y flores que orlaban el tondo desde el que se hacía presente la Virgen con el Niño, acarician ahora sus sienes a modo de corona de margaritas. Por otro lado, en el amputado y tizado cuerpo de Verruguita, que acrecienta el drama y horror que proyectaba un personaje que encarnaba como pocos la kalokagathia (belleza como reflejo de la bondad y fealdad como reflejo de la maldad), anida cierta esperanza. En ese cuerpo convertido en una especie de campo de batalla, de escenario del desastre, luce un espejito de sombrero de verdiales, milenaria manifestación malagueña que nace como culto solar y cuya fiesta principal se celebra en fechas del solsticio de invierno, en las fechas del nacimiento de Jesús. Esos pequeños espejos, que junto a flores ocupan el sombrero, se convertían en destellos y tintineos que avisaban que el sol volvía a reinar, que la primavera y, por tanto, la regeneración, se hallaban próximas. Mirar al pecho de Verruguita es quedar prendido en la promesa de futuro.

Aún es pronto para identificar y situar con justicia y precisión el proyecto artístico de José Cano. Sin embargo, una cuestión queda clara: su trabajo ha irrumpido de una manera radicalmente nueva. Su insultante juventud no opera en contra de piezas que aún unos incontenibles ecos políticos, conceptuales, estéticos y artísticos —sí, en muchas ocasiones, y por desgracia, estos términos parecen que deben ser excluyentes entre sí—. Podríamos decir que José Cano desarrolla un proyecto artístico de indudable compromiso contemporáneo, empleando para ello la imaginería. Pero ésta queda absolutamente desbordada, excedida, diríamos que primorosa y poéticamente transformada en vehículo que nos traslada a un sinfín de asuntos y reflexiones que no son los habituales en la práctica de este oficio y manifestación artística. Ahí radica una de las virtudes de este creador. Enumerar las muchas otras que adornan su trabajo, como el eco de la cultura popular o del flamenco y la copla, resultaría prolijo y excedería el marco de este texto. Estamos seguros que las obras que están por venir seguirán transitando la senda del arte contemporáneo. Y no es sólo cuestión de arder en deseos, es fe y convicción.

Juan Francisco Rueda

